

Cuando se vaya la ciudad...

MIGUEL ÁNGEL ECHEGARAY

La ciudad sin dirección y sin sentido. La ciudad sin habitantes. La ciudad sin entrañas. La ciudad perdida. La ciudad desfigurada y ya sin sus hijos. Hijos extraviados, caminantes imposibles. La ciudad ya sin poderes, la ciudad en ruinas... Son demasiadas las adjetivaciones que podrían añadirse para escribir acerca de la ciudad pintada por José Castro Leñero.

Felipe Balderas se levantó por la mañana repitiendo mentalmente su nombre. Sí, se llama Felipe Balderas y desea que sean sus compañeras y compañeros del movimiento quienes lo conozcan y lo respeten. Aunque, si lo piensa mejor, esto de que lo conozcan es relativo, pues unos pocos compañeros y compañeras lo miran con atención y con simpatía cuando se reúnen para discutir las estrategias de lucha.

Muchas de las personas que andan por la vida no le importan a nadie, como tampoco importan las personas a las que no les importan los demás, piensa Felipe Balderas, y se repite a sí mismo que tiene un nombre y un rostro que otros, a veces, recuerdan, y también un cuerpo que, aun con cierta vaguedad, es percibido por sus compañeros y compañeras de lucha, cuando todos juntos se desplazan lentamente sobre el asfalto. Entonces Felipe Balderas ve pasar por la mente su silueta enchamarrada y distraída, confiando en que de alguna manera, por imprecisa que sea, esa silueta pertenece a algo mayor, a una silueta enorme hecha de aguerridos compañeros y compañeras.

Cuando han decidido marchar para hacer sentir su presencia y para forzar una respuesta a sus problemas, Felipe Balderas se levanta más temprano que de costumbre. En un instante está fuera de la cama. Experimenta un cosquilleo en el estómago, estira las piernas y se mira con cuidado en

un espejo incompleto. Antes de desviar los ojos, dice en voz alta, "soy Felipe Balderas, a sus órdenes".

Que sus demandas son excesivas, que nada resolverán las autoridades, que les darán con la puerta en las narices. Que los automovilistas están hartos de toparse con él y sus compañeros y compañeras. Que en realidad a nadie le interesa lo que vociferan por la calle, ensuciándola con sus gritos y caminando desordenadamente sobre ella. Pero a Felipe Balderas le tiene sin cuidado lo que piensen los otros sobre su movimiento y sobre sus compañeros. Y si los transeúntes y automovilistas se enojan con ellos, pues que se jodan y ya. ¡A ver quién se jode más y quién está más jodido!

En un largo trozo de madera, Felipe Balderas enrolla su manta, la que lo distingue del grupo, la más vistosa y la mejor rotulada: "Alto a la represión de vendedores ambulantes". Termina de enrollar la tela y piensa ahora en esconder su mochila repleta de relojes de plástico color negro y los paquetitos con pilas de cuarzo. La ansiedad que le causa esconder su mercancía nunca desaparece por completo. Su cuarto, estrecho y de pocos metros, permanecerá solo hasta que regrese por la noche.

Felipe Balderas recuerda lo que le dijo un compañero: La marcha comienza a las doce del día y empezamos a andar en la calle esa donde se estacionan los micros, cerca de la tienda grandota de ropa. Es el lugar de siempre, ahí al lado

de las jardineras, para pasar lista y saber cuántos somos. Y Felipe Balderas imagina que en unas cuantas horas más volverá a perder el nombre y será únicamente un compañero metido en el cuerpo de Felipe Balderas que es él, y que después, cuando termine la marcha, luego de discutir con un representante de las autoridades, regresará a su casa y volverá a ser Felipe Balderas.

Las compañeras siempre son más animosas que nosotros. Son animosas en las marchas como en las fiestas. Y también son más prácticas para llevar la comida y el agua, o para pelar una naranja cuando caminan a nuestro lado. A veces tienen más coraje que nosotros. Yo siempre procuro estar cerca de ellas, para aprovechar sus fuerzas. Aunque no lo sepan, me protegen de la calle y de los edificios. De los cambios en los rostros y en los cuerpos. De la gente que camina por la calle. Me protegen del miedo que me provocan las siluetas torcidas por el peso del sol y de las osamentas zarandeadas por el comienzo de la tarde.

¡Eres un convenenciero Felipe Balderas! Al comenzar la marcha te colocas lejos de las mujeres. Al fin y al cabo todos estamos frescos y no importa hacerse mucha compañía en ese momento. Pero luego, el sol, la calle y el *smog* que despiden los automóviles te alteran, y es cuando te les acercas a las mujeres. Como te ocurrió en la marcha pasada. No es que te faltara el aire o que te hubieras insolado. Fue que la calle no te respetó y te puso como a la deriva. Hasta creíste que sufrías alucinaciones y que veías fantasmas. Tanta fue tu confusión que juraste no participar en otra marcha más. Y digo que no fue el sol, porque los demás compañeros y

compañeras no se quejaron de él. Ni tampoco fue el *smog* mezclado con el calor, pues ya te acostumbraste a respirarlo después de que pasas horas vendiendo tu mercancía en la calle.

No, Felipe Balderas, lo que a ti te pasó fue otra cosa. Llevabas dos horas caminando y de pronto volteaste a ver un gran anuncio colocado en lo alto de una esquina y no pudiste leer lo que decía. No es que las letras estuvieran borrosas, no, el letrero tenía sucios los colores con que lo pintaron, como si hubieran estallado. Notaste primero un color rojo sangrante que se desgarró sobre la lámina, y después viste un color anaranjado que se escurría y era invadido por una ruinoso mancha blanca. Te reíste nervioso y miraste hacia un edificio alto y como renegrido por una tormenta de carbón, y te asustaste al comprobar que aunque el sol le daba de frente, el edificio se ponía cada vez más negro y sus ventanas eran aún más oscuras. Apretaste el paso y bajaste los ojos, reconfortándote al ver que el asfalto no había cambiado de color y te colocaste al lado de una compañera que marchaba acompañada de una niña vestida toda de rosa y con un sombrero de tela azul que tenía una margarita enorme. Creíste que con unas cuantas palabras amigables conjurabas tus visiones. La compañera apenas si te hizo caso y la niña ni siquiera se dignó a verte.

Temeroso, avanzaste unos metros más y dirigiste la mirada hacia un transeúnte que estaba parado sobre el camellón, comprobaste que era una silueta de hombre, detenida e indecisa, como estatua de carne fijada en el concreto. Su cara perdía los rasgos fácilmente y rehuiste fijar los ojos más

en ella. El colmo fue esa otra silueta, o mejor dicho, un par de piernas borrosas que cruzaban la otra acera y te dijiste que ahora sí alucinabas sin medida. Sacaste tu botella de plástico con agua y te echaste un poco de líquido en la cabeza y mojaste tus ojos. Sentiste una leve mejoría y te reíste al confirmar que el par de piernas habían desaparecido en el reflejo de los cristales bajos de un edificio. Preferiste concentrarte en la marcha y te pusiste a gritar una y otra vez el mensaje pintado en tu manita: "Alto a la represión de ven-



dedores ambulantes", "Alto a la represión de vendedores ambulantes"...

Aquel día fue como una pesadilla para Felipe Balderas. Caminaba temeroso y dudando si tendría más visiones. Un compañero se le acercó y le pidió un cerillo, al tiempo que le ofrecía un cigarro. Felipe lo tomó y después revolvió una mano en la bolsa del pantalón, hasta dar con una caja de cerillos de esas que traen dibujados los signos del zodiaco. Se colocó abajo del hombro su manta y con dificultad encendió el cerillo que acercó a su ca-



marada. Éste prendió su cigarro y le dio la espalda, pronunciando con ligereza la palabra "gracias". Él observó cómo se alejaba y se sorprendió al comprobar que sus ojos solamente reconocían una parte del cuerpo de ese compañero, ya que el perfil derecho era como una nebulosa de colores amargos y apagados. Su sorpresa fue mayor cuando comprobó que no lograba ver nítidamente ese cuerpo, pero que sí podía ver con claridad lo que decía la banderola que uno de los brazos agitaba, reconociendo los rasgos del centauro Francisco Villa, pintado con torpeza. Dio un par de bocanadas seguidas al cigarro y lo arrojó al asfalto.

Ahora pensaba que algo sucedía con sus ojos y que tendría que consultar al doctor. Resignado, miró hacia adelante y ya su confusión fue total. La ciudad se transformó en un espacio borroso por el que se movían siluetas desfiguradas. El asfalto parecía teñido con absurdas mezclas de colores, como si una multitud de manos se hubieran dado a la tarea de cambiarle el color gris que lo recubría. Con espanto percibió que un silencio brutal se apoderaba de las calles, como si de golpe alguien hubiese desconectado el sonido de la realidad. No escuchaba más las consignas de sus compañeros y compañeras en lucha, ni los altavoces de los granaderos, el claxon de los autos y las injurias de los transeúntes. No escuchaba nada. Caminaba como un muñeco mecánico y por su mirada transitaban bultos ruinosos, levantando un brazo con el puño cerrado y enarbolando pedazos de tela color rojo quemado, girones de cansancio con palos disimulados por la luz del sol.

Las imágenes se le aparecían cada vez más intensas y deformes. Todas ellas saturadas de colores inclasificables por efecto de sus mixturas arbitrarias. Pensó que marchaba por un desierto superpuesto a las calles y que los edificios que lo veían pasar no eran más que cáscaras de fruta que la gente arroja al piso. Pensó que la ciudad se pudría. Que la ciudad había expulsado sus entrañas y que el sol lanzaba escupitajos a todos los manifestantes del mundo. Entendió que el ocaso de la ciudad se había producido y quiso recordar cómo fue la ciudad en que nació. Fue en vano, en su ausencia, la ciudad le había quitado la memoria.

No supo cuándo fue que se detuvo frente al aparador de una tienda de mercancías informes y grotescas. Sólo recuerda que con un movimiento brusco evitó que un alud de goma, una fétida ola, lo arrastrara por el suelo y lo llevara a extraviarse todavía más en esas calles sin dirección, a perderse en esa ciudad inconsciente. Un compañero lo sacudió de un hombro, advirtiéndole que no se retrasara demasiado del contingente. Él lo miró con los ojos vidriosos y le dijo sí con la cabeza. Le pareció que salía de un delirio y que la normalidad poco a poco se restablecería. Corrió para alcanzar a sus compañeros y compañeras, situándose entre un grupo de mujeres que agitaban sus banderas color rojo quemado. Se sintió seguro.

¡Eres un convenenciero Felipe Balderas! No cabe duda. Eres un convenenciero. Hoy, de seguro no te apartarás de las mujeres ni un segundo. De seguro te aprovecharás de sus fuerzas y no permitirás que la ciudad se vaya sin ti... ¡Eres un convenenciero Felipe Balderas! ♦